



SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR
Eduardo Sánchez de Castilla

ADMINISTRACIÓN
CLAUDIO COELLO, 21

DIRECTOR ARTÍSTICO
FÉLIX DE LA TORRE

LA EXPOSICIÓN EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR:



LA CUNA, CUADRO DE SOROLLA.



—¿Usted sabía que existe en Madrid una Sociedad general de saneamiento?

—No lo había conocido en nada.

—Pues, sí, señor, existe la Sociedad, aunque el saneamiento no parezca por ninguna parte.

—Vamos, será otra como la Sociedad de limpiezas. Gran cosa es sanearse y limpiarse por contrata. De esa manera todo se encuentra sucio y enfermizo. Aplicando el sistema á cosas de mayor entidad, los socialistas podrían salirse con la suya. Con gobernar al país *por contrata*, mediante una Sociedad anónima ó comanditaria, no habría gobierno y viviríamos tan ricamente.

—Y entonces, ¿á quién echaríamos la culpa de todas nuestras torpezas é imprevisiones?

—Nada más sencillo: á otra Sociedad (y ésta sí que había de ser anónima), la cual se encargaría de recibir todos los *palos* que se perdiesen por ahí. De tal manera, todo funcionaría á pedir de boca. El capítulo de *Imprevistos* sería el más considerable del Presupuesto, y el Consejo Supremo de Casualidades y Coincidencias raras el único organismo importante de la Nación.

—¿Y no le parece á usted que tal sistema lo practicamos hace algunos siglos, sin obtener resultados satisfactorios?

—Porque no se practica en toda su pureza. Conservamos, por mal entendido apego á la tradición, las fórmulas que otras naciones emplean, y semejantes rutinas deben desecharse. Todo lo exterior, todo lo oficial debe desaparecer: apliquemos los rayos X á los organismos creados para la vida del país, y veamos si tienen la osamenta derecha ó torcida.

—De modo que usted aconseja que *nos quedemos en los huesos* mondos y lirondos.

—Si ya lo estamos en realidad, ¿por qué no hemos de manifestarlo? La terrible claridad con que nos muestra estas cosas la *fotografía ascética* (según la llamó ingeniosamente Mariano de Cavia) debe servirnos de ejemplo y de estímulo para *mondar* todo cuanto se halle revestido de carne fofa ó inútil ó putrefacta.

—Pero eso es el anarquismo.

—No, sino la franqueza absoluta. En último resultado, el tuétano que dentro del hueso hay alimenta más que la carne. Sabido es que algunos héroes de la antigüedad se mantenían, durante la adolescencia, con tuétanos de león y de tigre, y á esto se atribuye la fortaleza....., eso, el heroísmo.

—Sí; pero, como decía el orador del cuento, eso ocurrió hace muchos siglos, y puede que sea mentira. Más héroes que en la antigüedad, ó tantos, por lo menos, existen hoy día, y se mantienen de rancho, en el que abundan las habichuelas y no el tuétano. Conque dejémonos de utopías mientras no tengamos el estómago más fuerte para resistir comidas tan indigestas. Lo mejor es dejar á cada cual que se limpie y se sanee como Dios le dé á entender, y no aplicar los rayos X, ni el análisis á órgano alguno de los importantes, ni meterse á examinar torceduras, ni á palpar jorobas, aun cuando esto último sea muy del gusto de los supersticiosos.

—Eso es: que las casas y calles de Madrid sigan sucias y malsanas.

—Nadie negará que unas y otras han mejorado mucho desde los tiempos de *Fíguro* y del *Curioso parlante* hasta la época actual. Quien nos tacha de retrógrados ó de atrasados, no ve que progresamos poco á poco, pero muy sólidamente. ¿Le parece á usted menudo progreso el haber cambiado la colocación de Neptuno y de la Cibele? El dios de los mares, colocado en dirección de la Carrera de San Jerónimo, parecerá un diputado cunero que se dirige á las Cortes, dejando á su espalda el Campo de la Lealtad, y convenientemente apercebido del tenedor, indispensable cuando se llega al poder. Lo cual demostrará que somos partidarios del simbolismo en la estatuaria, aun cuando no lo seamos en las demás artes.

—Así es la verdad; como que son varias las estatuas *tendenciosas* que adornan, vamos, al decir, nuestros paseos y nuestras plazuelas. Fíjese usted: Mendizábal con aquel manto interminable parece uno de los

espectros de Ibsen, y el teniente Ruiz, greñado, exaltado, amenazador, comprendiendo que le falta suelo en que apoyar los pies, diríase que se había escapado de un drama socialista de Hauptmann: parece el símbolo de la humanidad entera en el momento crítico de dar un tropiezo *histórico*.

—Por algún lado había de salirnos el prurito simbólico de los artistas modernos. En cambio, vaya usted al teatro y verá como allí gustan y cautivan cada vez más las realidades, por muy sangrientas y descarnadas que sean. Y á propósito, ¿qué hay de teatros?

—Gran éxito en el Español con el drama *Los plebeyos* de Francos Rodríguez y González Llana.

—Eso querrá decir que los dos simpáticos y afortunados autores de *El pan del pobre*, en vista de lo bien que les resultó el envite del teatro con aquella obra, han dicho:— Hay una continuación.

—Nada menos cierto. *Los plebeyos* es una obra dramática, muy dramática y nada más. La noche del estreno andaban por los pasillos algunos críticos cejijuntos tratando, por todos los medios posibles, de *buscar la tesis*, porque, según dicen, el toque de la crítica ahora está en declarar, no lo que el autor de una obra ha dicho por medio de los personajes, sino *lo que ha querido decir*, la intención recóndita y esotérica, el *mar de fondo*, inasequible para la galería, según esos críticos.

—Yo creo que eso es debido á que muchos autores no aciertan casi nunca á decir lo que se proponían, y por eso la crítica despierta y avisada se encarga de suplir las faltas del autor.

—Por fortuna, pienso que González Llana y Francos Rodríguez no se han propuesto ir más allá de donde han ido en *Los plebeyos*, ni mucho menos, como ha dicho un crítico, remezclar la idea, ya bastante antigua, que el insigne Tamayo expuso en *Lances de honor*. *Los plebeyos* tal vez no sea obra de tan subido valor literario como *Lances de honor*, pero es mucho más dramática, más interesante, más rápida en el desarrollo, más viva en el diálogo. Se ha dicho, con algún fundamento, que la fuerza trágica del conflicto absorbe ó disminuye el interés individual de los personajes, haciendo que éstos pierdan relieve, carácter marcado y saliente. Y yo veo en esto el tacto y la prudencia de los autores, quienes, conociendo profundamente al público actual (y sobre todo al público de los viernes del Español), arquetipo de la volubilidad y de la impaciencia, no han titubeado en dejar reducidos los caracteres á los rasgos más elementales, con la seguridad de que hoy día sólo por la sencillez psicológica, que en algunos dramaturgos ya no es sencillez, sino penuria, se libra el autor de la nota de *pesado* y evita los bostezos ó la rechiffa general.

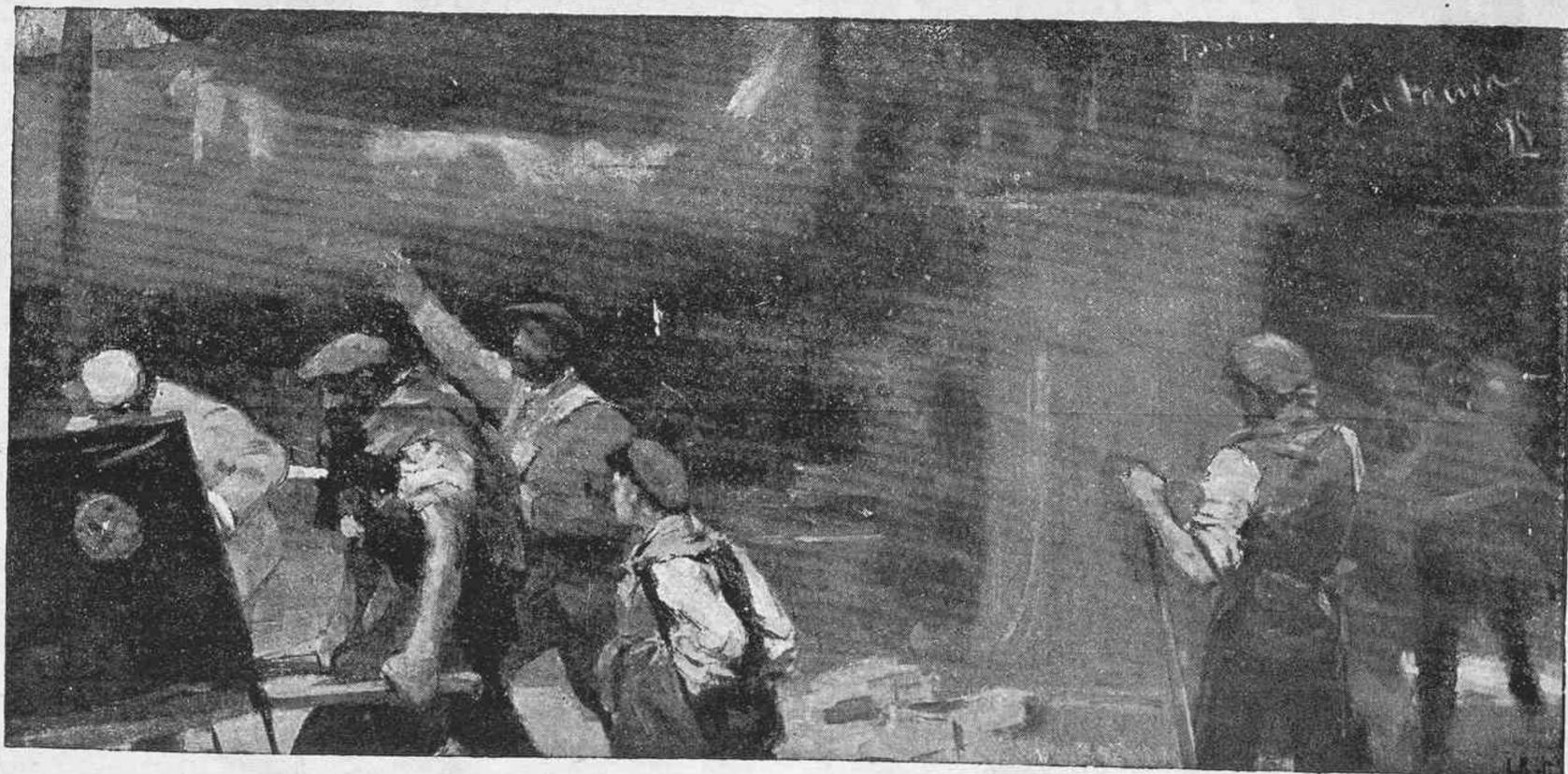
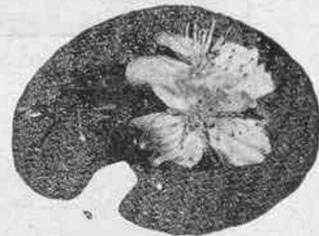
—Y de los actores, ¿qué me dice usted?

—Actor de verdad no vi más que uno: el Sr. Díaz de Mendoza. Tan claramente se advirtió esto, que, mientras no se hallaba el Sr. Díaz de Mendoza en escena, el público demostraba su inclinación á *distraerse*, y aun manifestaba su hostilidad contra determinados actores, en lo cual, si hubo exageración é injusticia por lo que á éstos respecta, demostróse también el interés que había infundido la obra y el deseo de que ésta *saliese adelante, á pesar de todo*.

—Harto triunfo ha sido: *¡plebeyos* en el teatro Español, donde hasta á los actores les azulea la sangre!

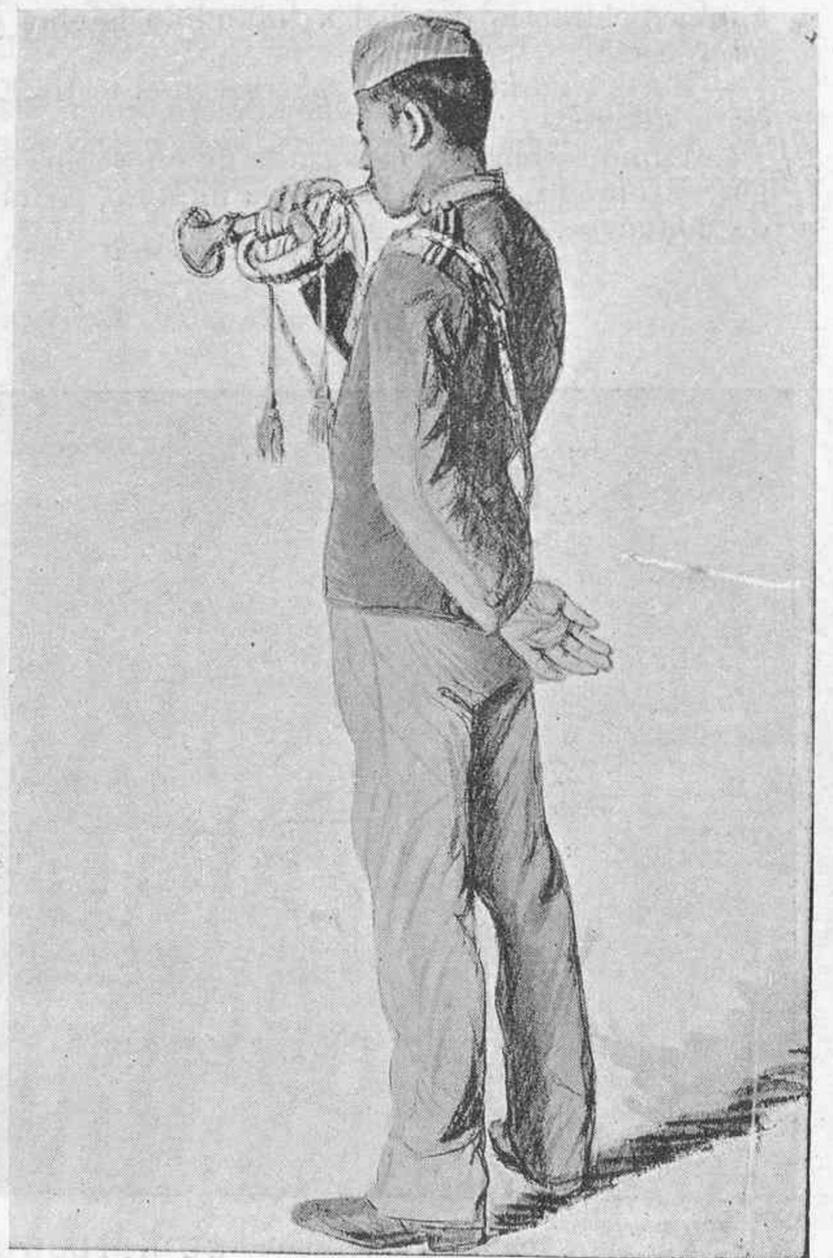
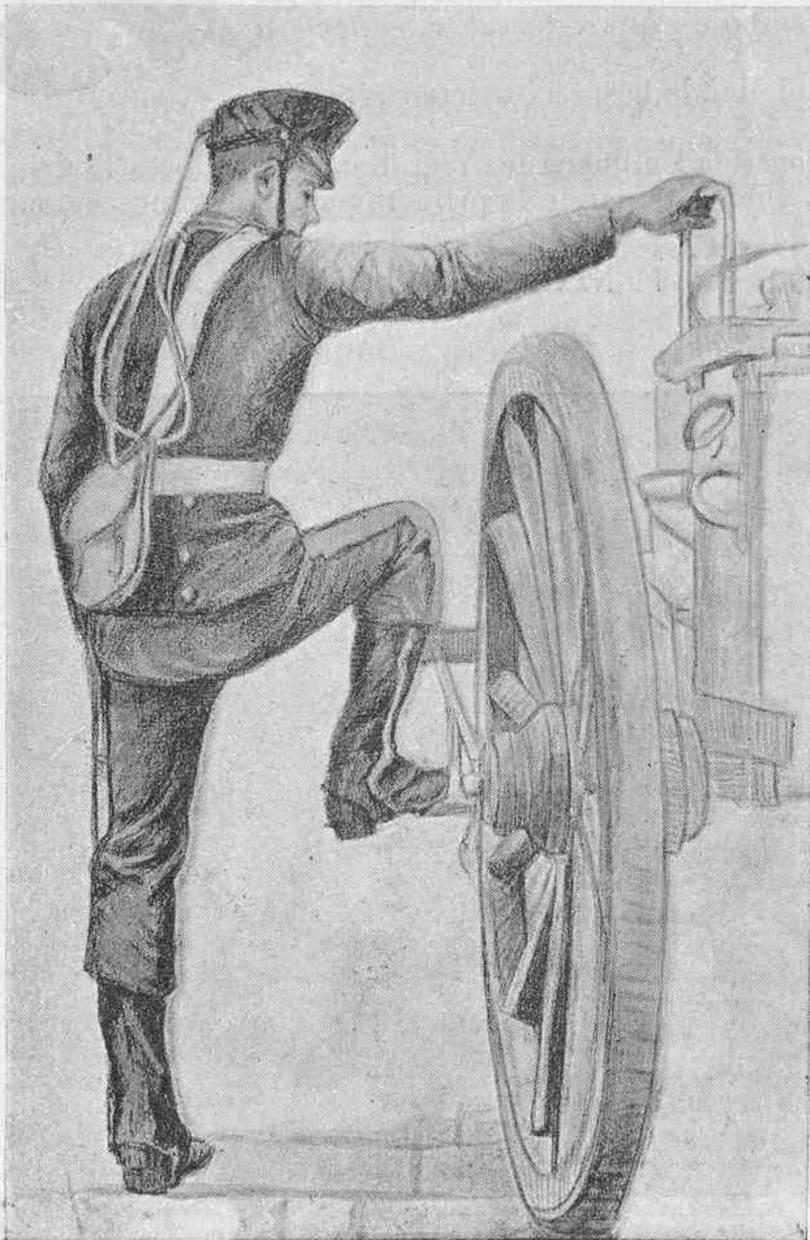
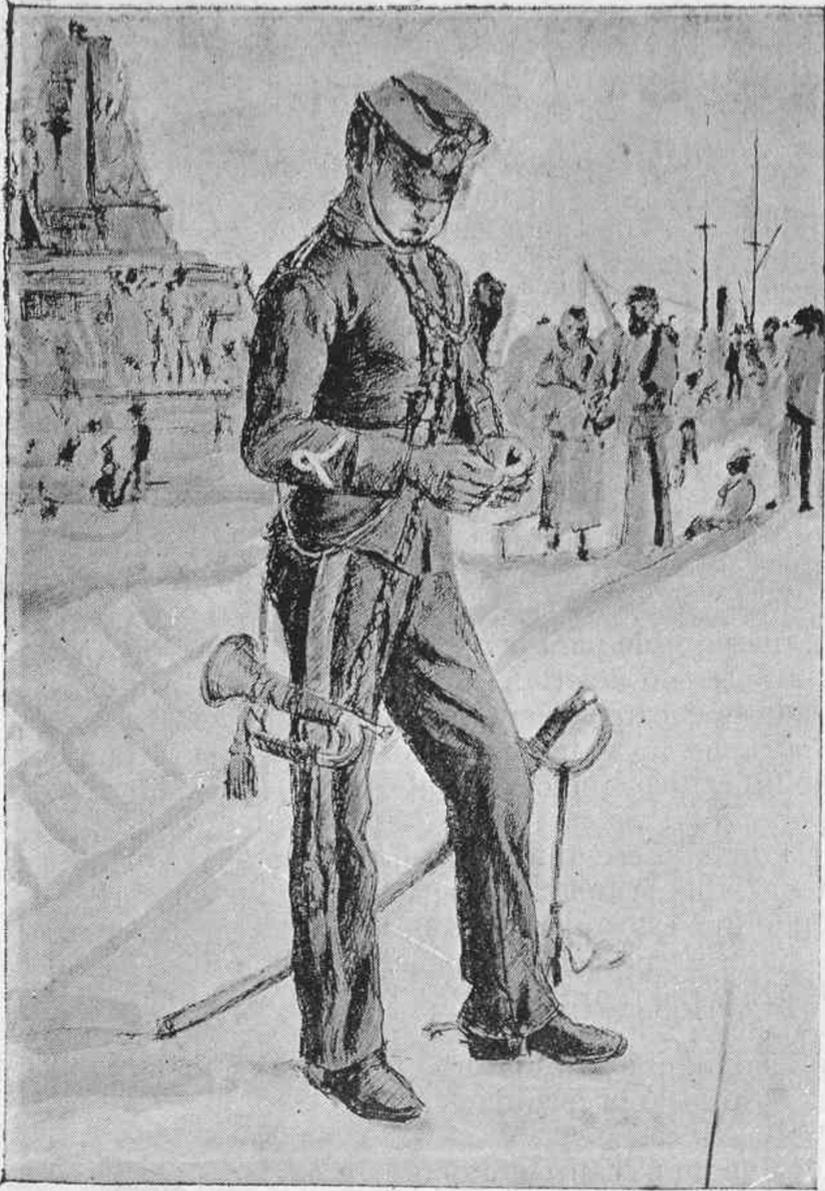
—Triunfos como ése los alcanza quien escribe con sinceridad y buena fe. Y el drama de Francos Rodríguez y González Llana, cuando sea impreso, podrá muy bien ostentar en la primera página el famoso lema de Montaigne.

F. NAVARRO Y LEDESMA.



EL EPÍLOGO, CUADRO DE CUTANDA.

TIPOS MILTARES POR DEBANA



TIPOS MILITARES, POR SEGURA

LA LEYENDA DEL AMOR

Ha resonado un golpe lleno, armonioso, de sonoridad sublime. ¡Han llamado á la puerta del cielo!

¿Qué son las entalladuras del arte gótico sobre el roble y la encina, simulando haces de palmas, tréboles, patriarcas y diáconos? ¿Qué es el cincel florentino corriendo sobre el oro y la plata, creando flores, amorcillos y grifos, trofeos y cariatides? ¿Qué dicen á los ojos los vivísimos colores turquescos y persianos, ni los matices opacos y suaves del cobre, del oro y de las lacas del Japón y de la India? Todo lo fabricado en el mundo es tosquedad, y no remeda las obras de los ángeles. Y las puertas de los palacios y de las catedrales han sido hechas por los hombres, y la del cielo por los querubines y serafines, según el dibujo de Dios.

¡Resplandece como pulidísimas piedras preciosas; es fuerte, como que ha de resistir al poder del infierno, y tan ancha que pudiera pasar por ella toda la humanidad, si tal lo quisiera la misericordia del Señor!

¿Quién ha llamado?

¡Miradle! Habrá vivido en el mundo como treinta años, y la enérgica belleza de su semblante realzase con la palidez de la muerte. Espera de rodillas, con los brazos cruzados y la cabeza doblada sobre el pecho. Negra capa española se descuelga de sus hombros hasta espaciarse por el suelo allí donde no la detienen las espuelas, y se dibujan, bajo el paño, los gavilanes y la contera de la espada.... Entre la seda del justillo le mana del corazón, por ancha herida, gota á gota la sangre.... Sin duda que ha muerto en riña ó asesinado.

Su actitud es de oración, pero de dolor. Parece la tristeza arrodillada en el pórtico del Paraíso.

«¿Cómo no te regocijas, hombre redimido del pecado, al verte ya tan cerca de tu Creador? ¿Qué eras ayer sino un manojó de huesos y un pedazo de carne, sujeto á enfermedad, á dolor, á miseria; nacido de mujer, juguete de las pasiones, prometido al sepulturero y á los gusanos?.... ¡Y hoy vas á entrar resplandeciendo, como triunfador, entre los justos, y tu vida será la inmortalidad, y tu inmortalidad la contemplación de Dios!»

Así parecían decir, en ráfagas armoniosas, voces de insólita dulzura.

Y el recién llegado las oía, y sin alzar la cabeza ni descruzar los brazos, lastimeramente suspiraba.

Las puertas se abrieron, dejando ver el panorama de la creación celestial.

El nuevo justo se desvaneció deslumbrado, pero le sostuvo una mano blanda y suavísima. Y una voz que agitó vivamente su espíritu, le dijo:

«¡Dichosos una y mil veces los que han merecido llegar hasta el Señor!»

Abrió el justo los ojos y los reposó en la contemplación del ángel que le hablaba.

¿Qué os diré si os digo que era blanco, muy blanco; rubios sus cabellos, muy rubios; azules sus ojos, y de azul muy sereno?

¿Qué os diré al deciros que sus labios eran una rosa de incomparables aroma y frescura; su frente del nácar de la luna; sus alas del plumón del cisne, y de los tornasoles de la aurora su túnica de nieve y de luz? Era la realidad de la ilusión de gentileza y hermosura que de sus hijos se forman las madres en la tierra. Y era más todavía.

—¿Cómo te llamabas?—preguntó el ángel.

—Pablo.

—¿Qué fuiste?

—Soldado y poeta.

—¿Cuál fué tu vida?

—Amar y pelear; amar y cantar.

—¿Cuál ha sido tu muerte?

—Me asesinó la ira.

—¿Quién te ha salvado?

—¡La oración!

—¡Ven, Pablo, y no temas, que el espíritu de Dios va contigo sobre las nubes, como fué con Pedro, el pescador, sobre las aguas!...

Y Pablo se sintió levantado por la diestra del ángel, y comenzó á recorrer y contemplar en apacible vuelo—como de águila que se deja llevar del viento tendidas é inmóviles las alas—el Jardín de los Bienaventurados.

Una luz más intensa que la luz del sol, que ni deslumbraba los ojos ni abrasaba el cuerpo; vestía de singular encanto la Naturaleza y templaba deleitosamente la atmósfera. No era luz material; era esencia divina, y así todo lo encendía y recamaba de inexpresables colores y fulgores. En infinita y variada sucesión desplegábanse valles y bosques, llanuras, lagos y ríos, con alcázares esparcidos entre los árboles, sobre el césped y en las orillas. Los árboles se ofrecían cuajados de frutos; los céspedes, de flores; las orillas, de conchas y perlas.... Pero los frutos no estaban dañados de insectos, las flores centelleaban con siempre vívidos matices, y las aguas se movían del viento y suspiraban al reclinarsen en la arena, tan

*

dulcemente, que mirándolas y oyéndolas dormitaba el alma siglos y siglos.... Ni había fruto amargo, ni hierba ponzoñosa, ni agua sin dulzor y frescura. ¡Todo era salud, todo bondad, todo perfección sublime!....

Vagaban al azar—como en la tierra van sueltas las palomas, ó en rebaños los corderos—las vírgenes y los santos. Perdíanse en las espesuras, conversaban junto á los manantiales, ó sentábanse en las cumbres y alzaban los ojos para recrearse mejor en la claridad espiritual del cielo....., que no era cielo, sino firmamento de soles. Éxtasis no turbado trasfiguraba el rostro de los justos, pintando los dulces embates del alma, conmovida en la presencia del Creador, en la contemplación de su belleza y en el conocimiento de su Sér.

Como revuelan sobre los campos las mariposas, así revolaban por el Edén los angelillos.

—¡Oh qué intenso placer sentirás en esta sublime creación, Pablo!—exclamó el ángel.

—¡Ay!—respondió Pablo suspirando.

En esto, de lejana parte del cielo vino rumor de música indecisa, fluctuante; de orquesta que sólo marca un acompañamiento. Multitud de vírgenes pasaban cantando las alabanzas de Dios. Luego una melodía tierna y límpida se dibujó sobre el ritmo del coro.

Pablo escuchó enajenado. Pero cuando se perdió aquella vía láctea de armonía, sonrió tristemente, diciendo al ángel:

—¡Creí que era su voz!

—¿Qué voz?

—¡La de Luz!

—¿Y quién es Luz?

—¡Mi amor!

—¿No eres feliz en el cielo?

—¡Ay!..... no.

—¿Y lo fuiste en la tierra?

—¡Sí!

Un murmullo de oleaje tempestuoso ó de multitud clamorosa les envolvió cuando sonaron estas palabras. ¡Era el estremecimiento de asombro del Paraíso!

—¡Ven, ven—prorrumpió el ángel,—Dios no querrá que haya en su gloria un desgraciado!

Y con rápido vuelo, llevándole siempre de la mano, le dirigió al esplendoroso cenit donde mora el Señor.

¡Cuán otro le vió Pablo de como él le imaginara! Los cabellos y la barba le caían, envolviéndole como una cascada de luz; pero sus ojos eran todo bondad, y su boca toda dulzura: sencillo y sublime como Él solo puede serlo.

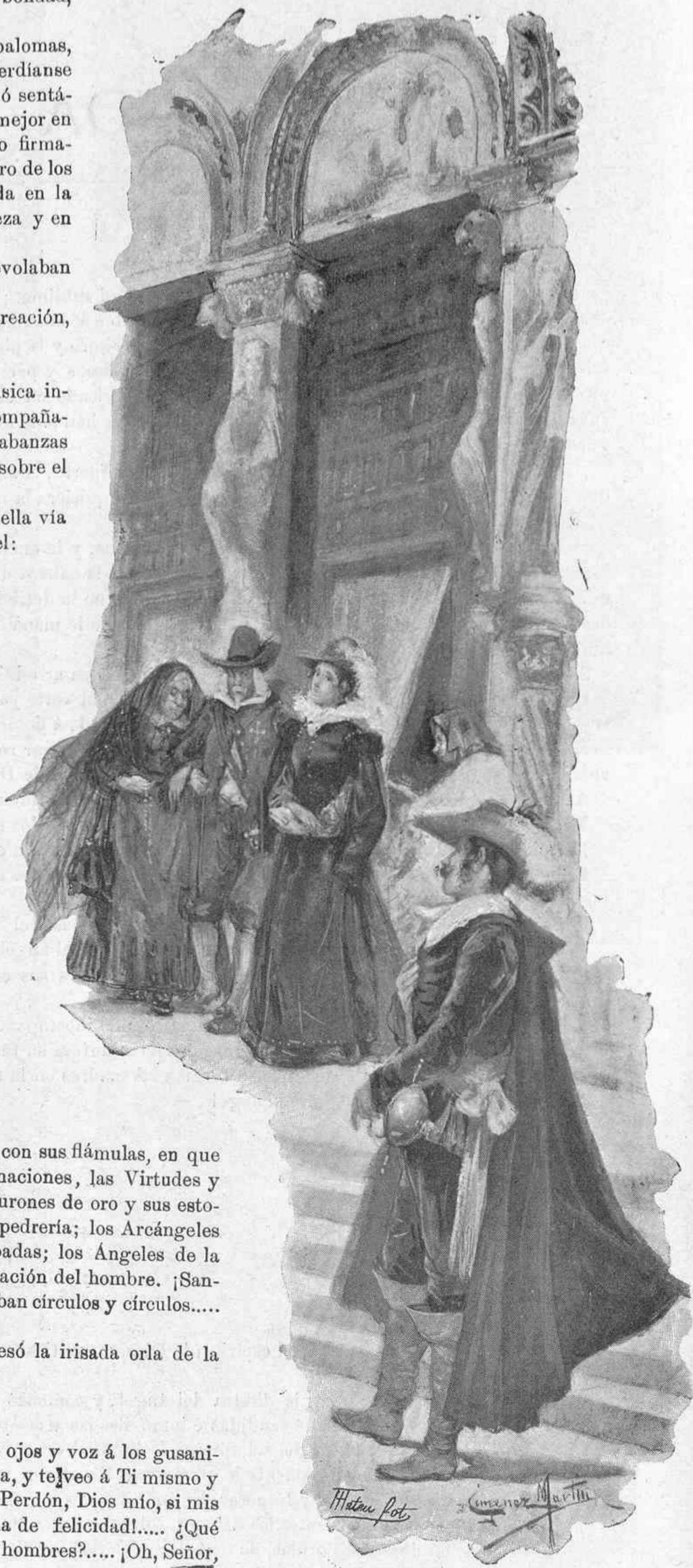
Rodeábanle los espíritus según sus jerarquías: los tronos con sus ruedas de fuego, y en derredor muchas alas salpicadas de ojos; los Querubines y Serafines con sus flámulas, en que tres veces está escrito la palabra ¡Santo!.....; las Dominaciones, las Virtudes y las Potestades con sus largas y blancas túnicas, sus cinturones de oro y sus estolas verdes; los Príncipes con sus mantos recamados de pedrería; los Arcángeles con sus invulnerables armaduras y sus flamíferas espadas; los Ángeles de la Guarda con sus anchos escudos, defensa, refugio y salvación del hombre. ¡Santos, vírgenes, mártires, coros y divinas milicias le formaban círculos y círculos..... adorándole, incensándole y cantándole!

Al llegar hasta Dios conducido por el ángel, Pablo besó la irisada orla de la nube en que asentaba su majestad.

—¡Habla!—le dijo Dios.

Pablo alzó los ojos hasta Él, y dijo de esta manera:

«¡Oye, Señor, pues tu bondad es tan inmensa que das ojos y voz á los gusanillos para que te miren y te hablen!..... ¡He visto tu gloria, y te veo á Ti mismo y la grandeza de tus obras y la sublimidad de tu Sér!..... ¡Perdón, Dios mío, si mis ojos desean ver más todavía y si mi alma no está saciada de felicidad!..... ¿Qué sér es el mío, y cuán distinto me fabricaste de los demás hombres?..... ¡Oh, Señor, Señor, compadécete de mí!



Hatau foto

Amador Martín

»Mi nombre Tú lo sabes, mi vida Tú la has engendrado, mi fe Tú la recompensas. Jamás te ofendió mi voluntad, mis labios te ensalzaron; te amó mi corazón; nunca cerré los ojos al sueño sin pronunciar ante la cruz mis oraciones.... ¡Y hoy, desventurado de mí, te consigo y lloro por el amor de la tierra!

»Mi boca te habla porque Tú lo has mandado.... ¿Y de qué puede hablar la boca, sino del sentimiento del corazón? Yo te hablaré, pues, Señor, de la que compartió contigo, en mi vida mortal, mis adoraciones; por quien hoy ha venido al cielo la tristeza: yo te hablaré de Luz.

»Mi alma está llena de la abundancia de su hermosura y de sus virtudes. No caben en mi alma nuevas admiraciones, nuevos deseos, porque rebosa deseos y admiraciones mundanales. En tu misma gloria veo su imagen flotando como un jirón de mi vida terrenal, y me parece más hermosa que todas tus maravillas.

»¡Me asaltan los recuerdos del bien perdido! ¡Creo verla como en el día que la conocí.... en el pórtico de la iglesia! Llegaban hasta mí la música del órgano y los cantos de los sacerdotes.... Los pobres, arrimados al muro, pedían lamentosamente una limosna, y en la tendida escalinata, en parejas y en grupos, hablaban de amores y de guerra villanos y caballeros. Terminó la misa, y desembocaron por las puertas, alzando los tapices, dos ríos vivientes; damas, dueñas, curas, hidalgos, soldados, pajes, corchetes...., hasta que los tapices cayeron. Satisfecha mi curiosidad, iba a dejar el atrio, cuando alzaron nuevamente uno de los tapices y apareció ella. Mis ojos quedaron fijos en su rostro, y mi alma se confundió con la suya. ¡Qué intensidad de vida llenó mi espíritu! ¡Mi sér había estado dormido en el fondo de mi corazón, y al fin despertaba!

»Traía en las manos el devocionario.... La acompañaban sus padres; el viejo.... orgulloso de su alcurnia, sus campañas y su encomienda; la madre, mirando al suelo.... ¡Perdona, Señor, estos recuerdos, pues Tú has querido que en la frivolidad de los detalles encuentren mundos los enamorados!

»Vestía Luz de negro. Negros eran sus cabellos y sus ojos. De nieve el óvalo de su semblante.... Llevaba sombrero, y la blanca pluma en él sujeta se le derrumbaba sobre la gola y el hombro. Era de crecida estatura; en el andar, graciosa; en el reposo, llena de majestad. Tendría veinte años.

»Al pasar fijó sus ojos en los míos. Nuestras almas se hablaron, se juraron amor y castamente se besaron.

»Ella y yo, después de aquella mirada esplendorosa, nos sentimos turbados: ¡doloroso movimiento de retorno desde aquel breve paraíso a la realidad del mundo!

»Yo había conocido quién era su padre. Hombre de pro-sapia, de riquezas, de soberbia y duro corazón... ¡Amar sin esperanza de poseer!.... ¡Este era mi destino!

»Pero era feliz puesto que era amado. Lo sabía, sí, porque en los ojos de Luz se leía su alma como en los de estos ángeles que te rodean. Disfrazan las mujeres sus sentimientos porque los engendra la impureza; cierran sus conciencias a la luz porque están habitadas por el delito; pero cuando las almas son inocentes y buenas, buscan el sol como las flores.

»Les seguí hasta su palacio. Era vetusto, grande y de profuso adorno. En la cornisa del pórtico descansaba el balcón central, y junto a este balcón, y como dándole guardia, había dos estatuas de guerreros sobre repisas de agudos remates y bajo doseletes calados. Por detrás de la fachada principal corría una tapia y asomaban y extendían pomposamente sus copas los árboles del jardín.

»De su calle a la iglesia, de la iglesia a la calle; así pasé el día, viviendo del aroma y del resplandor que ella había dejado.... Delante de su casa pasé la noche, y sólo el alba, que ahuyenta las sombras, pudo alejarme de aquellos sitios.

»El tiempo corrió de esta manera, viéndonos de lejos y fortaleciendo nuestra fe con los purísimos diálogos de nuestros ojos.

»Pregunté, y me hablaron de ella.

»Nadie había solicitado su mano: ¿quién podía merecerla?.... Nadie presumía de lograr sus favores; imponían su majestad y su virtud. Ni era posible engañarla....; tenía la sensibilidad exquisita que presenta la astucia y el instinto de la abeja, que sólo se posa en flores de mieles.

»—Si es mucha su belleza—me decían,—es más su bondad; si es de acero en el cumplimiento de sus deberes, es ante el dolor y la miseria toda emoción y lágrimas. ¡El Señor la ha favorecido con todos sus dones, y Luzbel no se atreve a tocarla por miedo de convertirse!

»¿Cómo yo había merecido su amor? ¿Cómo ella, que hubiera honrado a un príncipe, había elegido a un soldado pobre y obscuro?

»Yo me explicaba su preferencia. Su alma necesitaba un alma toda amor, toda lealtad, toda pasión, todo sacrificio, creada para amarla, para amar a ella sola eternamente. Ese alma era la mía, y ella la había descubierto.

»Pero yo ocultaba mi dicha, porque el verdadero amor es fuego sin humo.

»Un día—ya en el crepúsculo de la tarde—pasaba yo por delante de su casa, y la vi aparecer en el balcón, registrar con una mirada la calle y arrojarme algo.... Una rosa. La cogí y vi en ella una cinta blanca, y en la cinta este letrero: *A las doce en la puerta del jardín.*



»Me encerré en mi casa: busqué el vaso de cristal más límpido, y puse en él la flor y le coloqué sobre mi mesa, entre mis libros y mis versos, junto á mi sombrero y mi espada... ¡Cuatro horas estuve esperando, y hubiera muerto de impaciencia y desesperación... si no hubiera sido por la rosa!

»Tomé la espada y el sombrero, prendí la flor en mi justillo, sobre el corazón; me embocé en la capa, hice sobre mi frente y mi pecho la señal de la cruz, y salí... Llegué á la calle y á la puertecilla, me incrusté en ella y esperé... ¿Cuánto tiempo? ¡Siglos!

»Por fin hurgaron con una llave en la cerradura... ¡Sentí frío, como cuando en la guerra me habían herido con lanza ó con espada! La puerta giró... y entré. Una figura se alejaba entre los árboles, hacia el palacio... Seguí aquel rayo de luz. Después ella me cogió de la mano, y subimos una escalera, y cruzamos pasillos y habitaciones. Por todas partes había tapices, cuadros de santos, armaduras y alguna imagen alumbrada con faroles ó velas. ¡Entonces, sólo entonces conocí el miedo! Los tapices, con sus figuras de patriarcas y de reyes, ondulaban. Los santos me miraban con divina cólera. Las armas lúgubramente relucían. Creí que todo aquello iba á gritar: «¡Padres, deudos, servidores..., despertaos!...»

»Entramos en un camarín gótico, inundado de la purísima esencia de Luz. La religión señoreaba aquel recinto, pues en el lienzo principal, y en un marco dorado y negro, vi la imagen de María entre dos encendidas arañas de cuentas de cristal, que chispeaban como dos canastillos de fuego.

»Ella quedó de pie en mitad del cuarto, mirándome sin turbación, aunque muy pálida. Su hermosura me deslumbró; su majestad me impuso; su serenidad sosegó mi ánimo.

»¡Señor, yo he sentido, al contemplarte, repetirse en mí aquel encanto y aquella admiración! Faltaron á mi pensamiento palabras y á mi voz sonidos... ¡Como hoy, Señor, en tu presencia, caí de rodillas!

»— ¡Un momento... sólo uno!—exclamó ella con mis manos entre las suyas.—Mis ojos y tus rondas nos han vendido. Mi padre sospecha... Mañana parto, y he querido des-

pedirme de ti y decirte: ¡adiós, Pablo, adiós: la ausencia y el tiempo nada podrán contra mi amor!... Mi padre me ama y no querrá verme morir..., él cederá... ¡Ámame siempre, no dudes y espera!

»— ¡Luz!—exclamé con pasión.—¡Encontrarte y perderte al mismo tiempo! ¿Cómo podré vivir sin ti?

»— ¡Amándome mucho!... ¿Creiste, por ventura, que nuestro amor florecería sin lágrimas?... ¡No lo creí yo jamás! El amor vive de dolores; pero ¿qué placer vale las penas del amor? Vamos á separarnos...

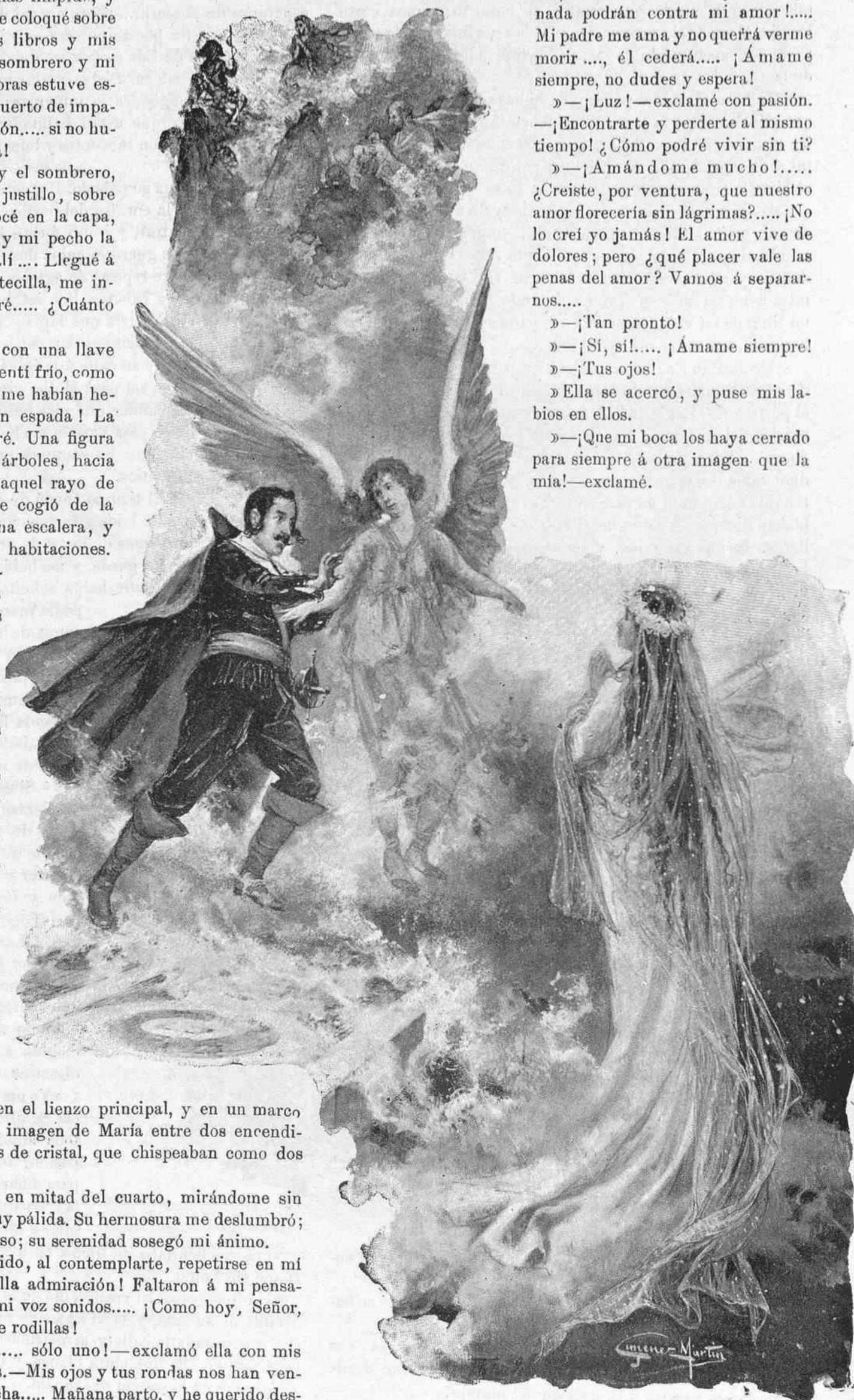
»— ¡Tan pronto!

»— ¡Sí, sí!... ¡Ámame siempre!

»— ¡Tus ojos!

»Ella se acercó, y puse mis labios en ellos.

»— ¡Que mi boca los haya cerrado para siempre á otra imagen que la mía!—exclamé.



inene - Martín

»Iba yo á salir conducido por ella, cuando me dijo:
 »—¡Espera, ven! ¡Antes de separarnos... reza conmigo!
 »Y me llevó ante la Virgen, y nos arrodillamos y rezamos.
 »—¿Oyes?—exclamó de pronto, y su rostro se puso como la cera.
 »Un rumor se oía, y este rumor aumentaba.
 »—¡Huye, Pablo!—exclamó Luz.—Te han visto entrar sin duda, ¡huye!
 »Rápidamente abrí el balcón y monté sobre sus hierros. Me agarré á una escultura; luego á una cornisa; á un pilar después.... ¡Todo en la sombra, á tientas, con desesperación!
 »—¡Jesús!—exclamé al tocar en el suelo.—¡Me habían asesinado!—Vi y oí algunos momentos todavía.
 »—¡Aquí! ¡aquí!.... ¡Un farol, cria los, pronto!
 »Salieron de la casa hombres y mujeres. Uno de ellos traía una linterna, cuyo resplandor dirigió á mi rostro.
 »—¿Quién es?—preguntó alguien.
 »—¡Es un soldado!—respondió el que alumbraba.
 »—Es.... ¡un ladrón!—exclamó el que me había herido.
 »—Un ladrón.... ¿con una rosa en el pecho?—observó una mujer.
 »El padre de Luz me arrancó la flor, la estrujó en el puño y la arrojó después, deshecha, como una maldición sobre mi rostro.... ¡Siento aún el beso de sus hojas!
 »¡Ah! Dios mío! La vida no debiera tener más límite que el amor. ¿Por qué ha de morir quien ama todavía?—¡Déjame, Señor, volver á la tierra! ¡Déjame vivir donde ella vive, donde me ama, donde llora!—¡Verla, oír su voz, respirar su aliento, reproducirme en su seno sin ofenderte, recreándome en la fe de su cariño y en la eternidad de su amor...., ese es mi Paraíso.»

Y Pablo ocultó el rostro entre las manos, y prorrumpió en sollozos.

Suspendióse el movimiento sonoro del cielo. Callaron las criaturas; callaron los aires; callaron los mundos. Habló Dios:

«¡YO TE HE QUERIDO DAR LA FELICIDAD Y TE DÍ EL CIELO!.... ¿CÓMO PODRÉ NEGARTE LO QUE ME PIDES, SI NADA PUEDO DARTER QUE VALGA LO QUE YA TE HE DADO? ¡VUELVE, SI QUIERES, Á LA TIERRA, DONDE VIVEN TUS ESPERANZAS Y TUS ILUSIONES; MAS CONSIDERA QUE SI VAS NO PODRÁS VOLVER.... PORQUE AL PARAÍSO NO SE VUELVE!»

Calló el Señor. Pablo quedó inmóvil por breve espacio; después volvió hacia atrás los ojos, resplandecientes de alegría. Buscaba el ángel que le había conducido hasta Dios.

El ángel le tomó de la diestra y tendió el vuelo hacia la puerta del Paraíso.

Sus alas batían el aire muy serenas. ¡Sentía tener que volar!

«¡Vuela, vuela más rápidamente!—exclamó Pablo!»

El ángel se detuvo de pronto y quedó cerniéndose, como la alondra cuando canta.... ¡Se abría la puerta del Edén!

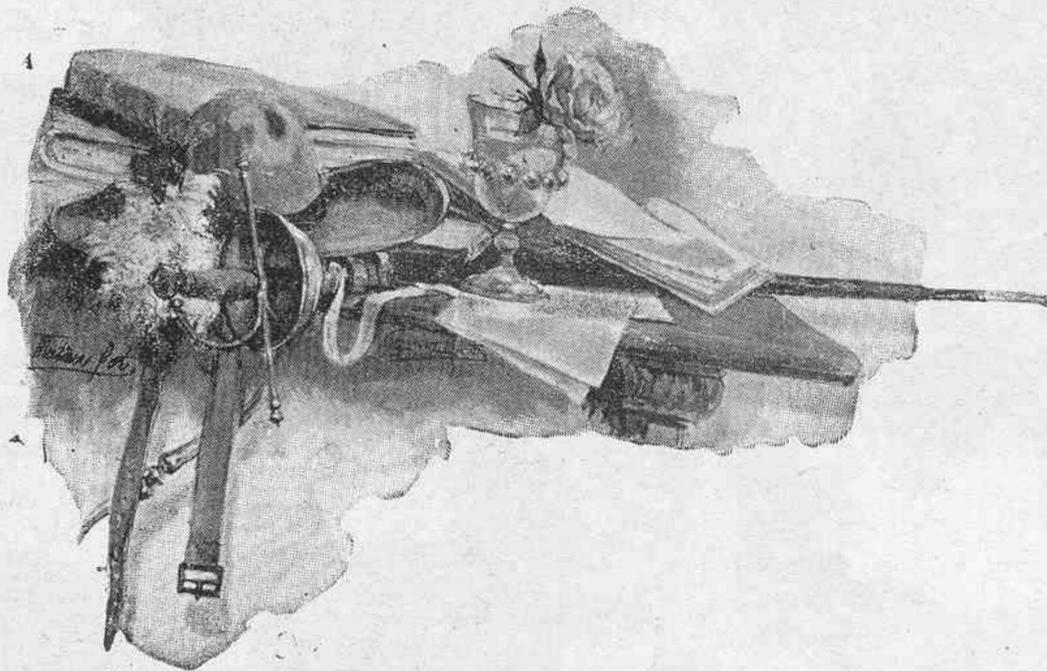
¡Vuela, vuela!—repitió Pablo. Y volvió hacia él los ojos con inquietud y desesperación....

Pero el ángel se sonrió y le dijo: ¿Cómo has dudado de ella?.... ¿Podía vivir sin ti en el mundo? ¡Mira!

Pablo vió llegar una figura blanca, majestuosa y resplandeciente.

Luz.... entraba en el Cielo.

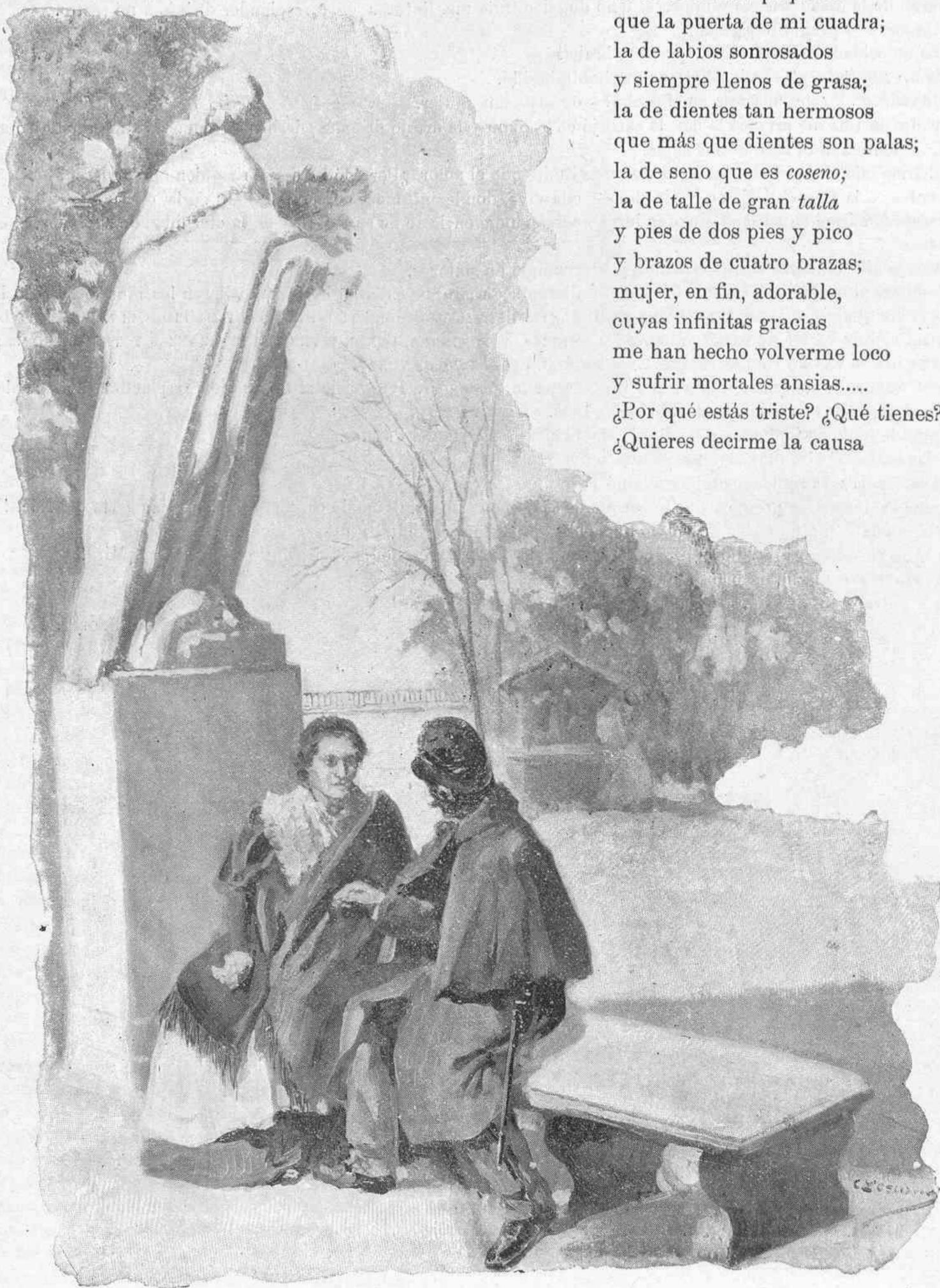
ISIDORO FERNÁNDEZ FLORES.



ORIENTAL..... FIN DE SIGLO

«—Señora de mi albedrío,
hermosísima sultana,
que el reposo me robaste

como me robaste el alma;
la de ojos como aceitunas,
grandes, negras y aliñadas;
la de boca más pequeña
que la puerta de mi cuadra;
la de labios sonrosados
y siempre llenos de grasa;
la de dientes tan hermosos
que más que dientes son palas;
la de seno que es *coseno*;
la de talle de gran *talla*
y pies de dos pies y pico
y brazos de cuatro brazas;
mujer, en fin, adorable,
cuyas infinitas gracias
me han hecho volverme loco
y sufrir mortales ansias.....
¿Por qué estás triste? ¿Qué tienes?
¿Quieres decirme la causa



de los pesares que ocultas,
del dolor que te traspasa?
Esclavo de tu cariño
y esclavo de mi palabra,
por disipar tus enojos
diera hacienda, vida y alma;
y puesto que el alma es tuya
y la vida no me falta,
y aun tengo en la faltriquera
catorce reales en plata,
dispón de todos los bienes
que rindo, amante, á tus plantas;
y ya que no estás contenta,
cuéntame lo que te pasa.»

.....
.....
Tal, en la plaza de Oriente,
á las diez de la mañana,
un soldado de Vad-Ras
le decía á una muchacha
reina de los fregaderos
y señora de las plazas,
que sola y seria en un banco
con atención le escuchaba.
Miró al soldado la chica,
y después de breve pausa,
cogiéndole entrambas manos,
le dijo:—No tengo nada.
Y ensayando una sonrisa
que hizo más fea su cara,
á su entristecido amante
devolvió la dulce calma.
—Ven—la contestó,—pues quiero
demostrarte mis palabras.....
¿Aceptas una fineza,
hermosa mía?—Aceptada.—
Se levantó de su asiento,
se recogió bien la falda,
y del brazo del soldado
ligera emprendió la marcha.
Él iba tan orgulloso
como un sultán de Granada,
diciéndola por lo bajo
frases acarameladas.



Y ya en el café Oriental
el sultán y la sultana,
tomaron tranquilamente
café con media tostada.
Que así en este *fin de siglo*
las orientales acaban,
si con menos poesía,
con algo más de substancia.

ANTONIO PALOMERO.



S. de la Torre.

Á BENEFICIO

DE

LOS HERIDOS EN CUBA Y FILIPINAS

No puede resultar original un artículo en que se hable de esta hermosa obra de caridad y arte. ¿Qué puede hacer el articulista? Escribir una docena de nombres, todos conocidísimos, queridos y admirados del público, é inmediatamente una lista de frases encomiásticas entre admiraciones no ortográficas, sino del alma; copiar todos los nombres del catálogo—coleccionistas, donantes y artistas—y repetir las frases de admiración y de cariño.

Tarea sería ésta fácil y agradable si no fuese imposible en tan corto espacio; en cambio sería injusto citar una obra con encomio y no hacer lo mismo con todas las demás, siendo esto lo único posible. Todo lo que allí se ve es bueno y agradable. ¡Hasta la intervención oficial ha resultado simpática!

Y la figura del Ministro de Ultramar se ha agrandado á nuestros ojos por haber tan gallardamente ayudado á los artistas.

A S. M. la Reina y á S. A. la Infanta Isabel prestando generosamente tapices y cuadros, y á los organizadores de la Exposición Sres. Marqués de Tovar, Luis Romea, Jerónimo Gómez, Ramón Urcullu, Máximo Peña, Manuel

Marín, Agustín Lhardy, José Arija, Luis Bertodano, Alejandro Saint Aubin y al *Heraldo de Madrid*, por el derroche de ideas y de dinero que han hecho hasta conseguir el completo arreglo de las salas, se deben los honores de este notable acontecimiento artístico.

Saint Aubin merece por sus iniciativas y actividad un primer puesto en este catálogo de alabanzas.

*
* *

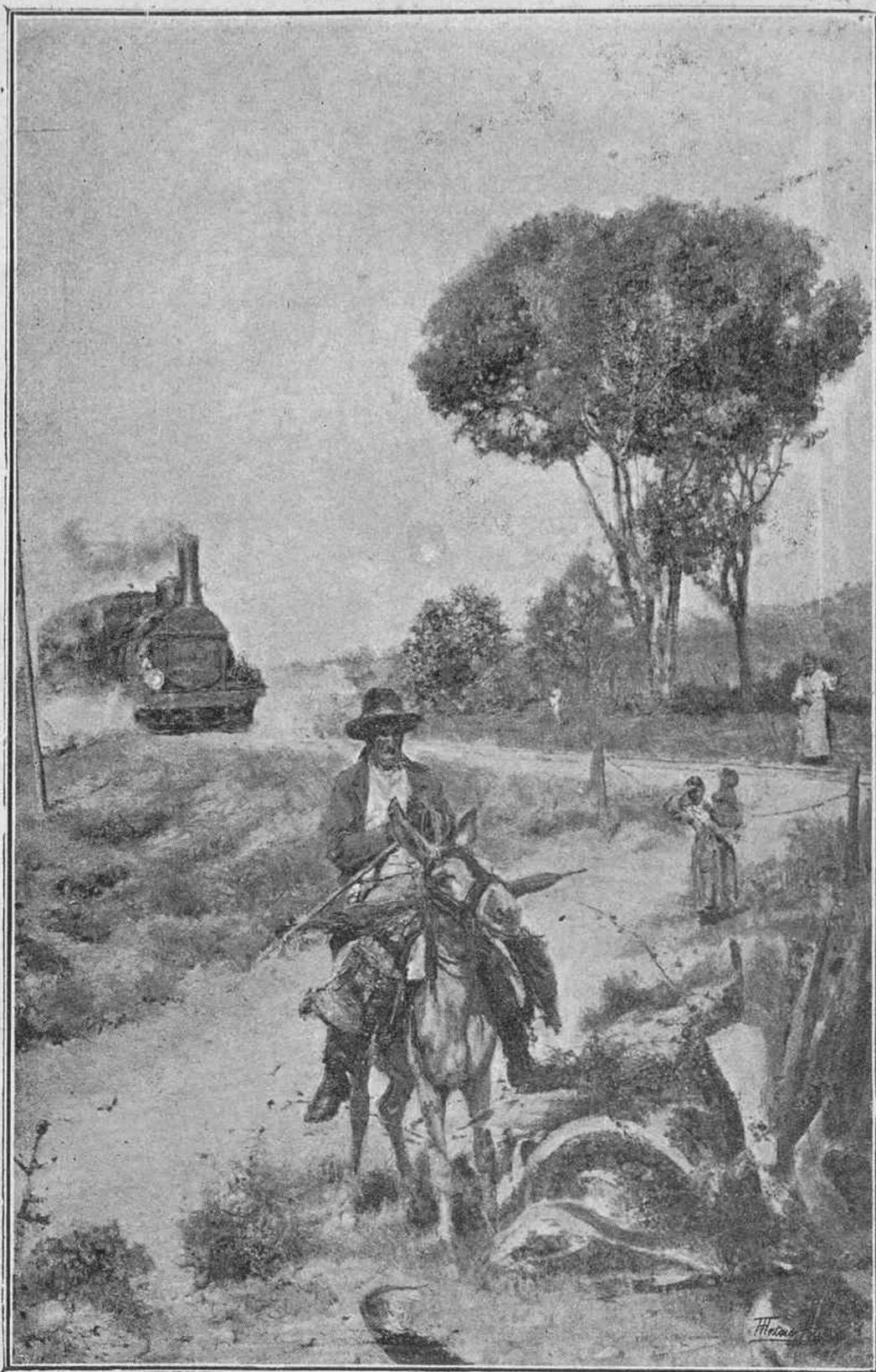
Voy rápidamente á decir algo, muy poco, de las obras expuestas, protestando una y mil veces de que, si incurro en muchas omisiones, no es porque las obras no merezcan ser alabadas, sino por falta de espacio.

SALA A.— Todo el mundo exclama lo mismo: ¡Ah! Todo lo que hay allí es admirable.

Un boceto maravilloso que dice al pie: *Disponiendo de más tiempo hubiera hecho algo mejorcillo. M. Fortuni.* Asombra pensar lo que *hubiera hecho* si le dan más tiempo.

Un *Calabrés*, de Rosales, velazqueño de verdad. ¿Sabéis lo que me recuerda *como calidades?* El niño pobre que hay de Murillo en el Louvre, y..... no tengo que decir más.

Un perrito, cuadro que firma Domingo; pero no es suyo, es la



PASO Á NIVEL, POR MORENO CARBONERO.



BISMARCK EN LA PLAZA MAYOR.

realidad misma: se acerca uno sin miedo á que muerda solamente porque es un falderillo.

Dos *retratos*, pintados por D. Vicente López, y uno, del padre de Agustín Lhardy, por D. Federico Madrazo, de una fidelidad irreprochable. «Aféitate el bigote, Agustín—decían los amigos á Lhardy,—y te confunden con el retrato de tu padre.»

¡Qué dos cuadritos tiene en esta sala Sorolla! *La cuna* y *Los novios*; he mirado en el Catálogo y no pone precio para ellos, y con razón no le tienen: el sol, el aire y la vida no se pagan con dinero.

De Lembach hay dos retratos: uno al óleo, trabajadísimo, tiene algún parecido con los de D. Vicente López,



FLOR DE ESTUFA, POR EMILIO SALA.



VISITANDO LA EXPOSICIÓN.

cha esa mujer para encubrir sus desnudeces, y no comprenden que entonces no hubiera podido verlas y pintarlas tan magistralmente Pinazo, y nos hubiéramos quedado sin ese pedazo de arte puro.

Y.... en fin: Villegas, Sala, Moreno Carbonero, Rubens, Zurbarán, Velázquez, Tiepolo, el Greco y otros pintorcillos de este fuste; escultores como Mariano Benlliure, Querol, Bellver.....: que al más guapo le doy la tarea de hacer una crítica seria. ¡Imposible! Es un mareo.

Después de ver las dos salas se descansa en el saloncito del fonógrafo, oyendo á la Paccini, á Moret, á Manuel del Palacio y al maestro Domínguez, y pensando en lo maravilloso de este invento.

Pero hay algo más maravilloso aún; antes y después de oír al fonógrafo miro una cabecita de mujer de Goya, y, no hay duda, aquella señora habla más y mejor que el fonógrafo, aquella cabeza es de carne, mira y ríe; no cabe más.

Me quedo en la incertidumbre, casi con la seguridad, de haber llamado por olvido muchos nombres ilustres y muchos cuadros hermosos; pero no quiero ni volver á leer lo escrito ni repasar el Catálogo, porque, si me propusiera subsanar omisiones y alabar á todo el que lo merece, no encontraría cuartillas suficientes. Tan atrasado voy que no he podido pasar de la A.

Vuelvo á decirlo; leed todos los nombres del Catálogo, y á cada uno de ellos añadid: ¡magnífico!, ¡maravilloso!, y quizá no digáis bastante.

No sé si exagero (lo sentiría), pero es de las Exposiciones que mejor efecto me han causado. Quizá el objeto á que se dedica....., pero no. ¡Aquel Goya!.....

SILVERIO DE LA TORRE.

pero hay en él algo de la escrupulosidad de Rivera, y otro de Bismarck, en que, con una línea seca y escueta de lápiz, ha hecho un estudio perfecto de la cabeza; por cierto que yo no sabía que Bismarck hubiese venido á la Plaza Mayor á cambiar su gorra de plato por una de las que llenan y caracterizan las muestras de las *gorrerías* de los soportales de dicha Plaza; pero no cabe duda, mi amigo Lezcano le sorprendió cuando salía de efectuar el cambio, y ahí está el apunte que hizo.

Hay un cuadrito precioso de Pinazo, y algunos timoratos preguntan por qué no sube más la mano derecha



BATURRILLO

La extraordinaria venta que ha alcanzado el primer número de **La Revista Moderna** nos ha causado un verdadero asombro, pues existían varias circunstancias para temer, si no un fracaso, por lo menos un entorpecimiento en el buen éxito lógico y ordenado que teníamos derecho á esperar. Con efecto: la prensa unánimemente había encontrado nuestra obra digna de su aplauso. Cuantas personas habían examinado el primer número le prodigaban sus alabanzas; pero en el mismo día aparecieron dos nuevos periódicos de condiciones más modestas que el nuestro, y muchos revendedores y puestos de periódicos tuvieron con nosotros exigencias desusadas que no quisimos atender. A pesar de todo, la venta fué impuesta por el público en los días sucesivos, hasta el punto de que no nos queda en almacén sino un corto número de ejemplares para formar colecciones, no obstante la gran tirada que hicimos. Al público en general, á la prensa de todos los matices, y á cuantas personas nos han favorecido con su apoyo y con su simpatía, enviamos desde aquí la expresión de nuestro agradecimiento, que demostraremos en lo sucesivo por modo más elocuente.

Las ilustraciones del artículo *El primer baile*, que publicamos en el número anterior, son del Sr. D. Rafael Hidalgo de Caviedes, y no del Sr. Lezcano, como equivocadamente se estampó al pie. A cada uno lo suyo.

LOS CUATRO ASES DE LA BARAJA

(PASATIEMPO HIDROGRÁFICO).

- * A S Río de Santander.
 - * * A S Idem de Jaén.
 - * * * A S Idem de Teruel.
 - * * * * A S Idem de Badajoz.
- A. NOVEJARQUE.

JEROGLÍFICO



Novelista

PENSAMIENTOS

No hay muralla tan fuerte como la del patriotismo.

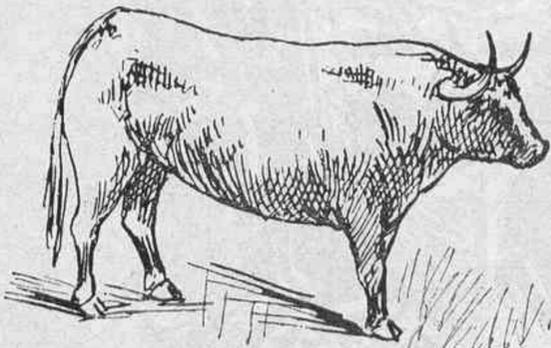
Si sujetáis la libertad de imprenta, disminuís la elevación de un pueblo.

El Arte es una inmensa abertura en la que cabe todo lo posible.

La grandeza tiene dos aspectos: el uno es la majestad y el otro es la familiaridad.

CHARADA

1.^a



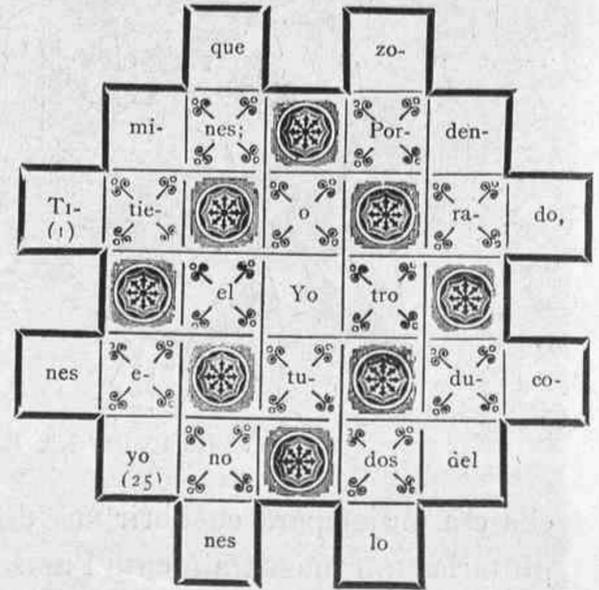
3.^a-2.^a-4.^a



TODO

El resultado de la imprenta es el pensamiento sin ligaduras, el progreso en constante movimiento y el libro imperdible.

SALTO DE CABALLO, por A. Novejarque



Empieza en la casilla número 1 y termina en la 25.

CUESTIÓN DE ACENTO

POR M. MARZAL

En un acento, lector, consiste sólo, es formal, ser yo una gran capital ó fabuloso pastor.

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

AL ACRÓSTICO:

N A V I A
P A S A
V A R A
S I L A
R E O
M I R A R
A G A T A

Á LA SUSTRACCIÓN DE LETRAS:

I S O R I A
S O R I A
O R I A
R I A

A LOS JEROGLÍFICOS:

EMETERIO
ANDALUZ

Río arriba, río arriba,
nunca el agua correrá;
que en el mundo río abajo,
río abajo todo va.

No se devuelven los originales que se reciban, ni se abona cantidad alguna por los trabajos que no se hayan encargado, aun en el caso de que lleguen á publicarse.

MADRID.—EST. TIPOGRÁFICO «SUCEORES DE RIVADENEYRA»